

## Muerte en la 72

Leo Timossi



Image not found.

# Capítulo 1

Una vez vi la muerte. Mi muerte. Fue hace unos cuatro, cinco meses. Acababa de dejar a Rodo en la casa después de fútbol y venía escuchando a Los Piojos en la radio. *Nunca te vi en ningún aviso, nunca te vi en la televisión*, cantaba Ciro y de repente empecé a sentirme muy, muy mal.

*Nunca te vi en ningún diario... ¡Nunca, nunca, nunca escuché tu voz!*

Me encontré en un espiral oscuro de emociones. Una heladera de esas que tienen dos puertas se me cayó encima de los hombros y yo ahí iba, manejando con todo el peso de mi angustia.

*Una noche más que no voy a dormir en tus brazos: no sé qué me tomo, no sé donde estoy, no sé donde llevan mis pasos...*

Sobre la circunvalación, donde las vías apuñalan a la 72 por la mitad, exploté en llanto. Lloré fuerte y claro, prolongado y sentido. Entendí en ese momento que mi vida, que flotaba en la pileta de la miseria sentimental, no solo se había hundido sino que se había quedado acostada en el fondo haciendo cucharita.

*Que rara y vacía y desierta y perdida que está la avenida hoy...*

En una inspección rápida me di cuenta que hacía muy poquito me habían encerrado en ese auto con centralizado y se llevaron la llave. No había, entonces, salida. A menos, claro, que saliera volando por el parabrisas.

*Que rara y vacía y desierta y perdida... estás.*

Me cambié de carril, cerré los ojos y apreté el acelerador. El resto es historia conocida.

*Somos fantasmas peleándole al viento.*

## Capítulo 2

Confieso ahora, a la distancia, que en realidad no quería morirme. Es decir, fui a la acción puntual, pero esperaba que pase algo que me salve. Algo, todavía, más sobrenatural: entendí el llamado a la muerte como una forma de forzar respuestas.

Pero los metros pasaban y la muerte no aparecía. Empecé a sentir la adrenalina de la velocidad, pero ningún espectro se hizo presente para mostrarme como sería el mundo si yo no hubiera nacido, ni para proyectar imágenes de la gente triste en mi velatorio. Me acercaba a la muerte, puta, y la muerte no venía.

Hasta que en un momento abrí los ojos, y la vi, en el espejo. Lo vi, bah. Estaba sentado en el asiento del conductor. Tenía ojeras y la cara hinchada como quien lleva llorando un rato largo. Exhibía una barba descuidada y gesto de sufrimiento, como si hubiera cargado con una heladera de esas de doble puerta durante gran parte del trayecto. Esto es la muerte, me dije. Porque ese tipo vivo no está.

Pensé en la tapa del diario del otro día. "**Tragedia en la 72: muere gordo boludo en confuso accidente**". Me causó gracia y esboqué una sonrisa, de esas que uno trata de reprimir cuando está triste, pero no puede. A las cuerdas me acordé, y largué una carcajada. Después otra, y otra. Tuve que parar el auto porque me dolía la panza de tanto reírme. Me sequé las lágrimas. Arranqué y así seguí hasta el día de hoy. La muerte, que paradójicamente siempre va a estar en el horizonte, esa noche bajó y se quedó esperando el micro.